

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

La princesa roja

Cuando nació, Elena Poniatowska (París, 1932) fue bautizada como Hélène Elizabeth Louise Amélie Paula Dolores Poniatowska Amor. Qué menos para la hija del descendiente del último rey de Polonia y nieta de un abuelo amigo de Paul Valéry y de Debussy que la enseñó a leer y escribir. A los nueve años regresó a México huyendo con su familia de la ocupación nazi. «A mí me cantaron y me regañaron en francés», dice, y estudió en un colegio inglés. El español lo aprendió en la calle y de las sirvientas que trabajaban en su casa, que no sólo le enseñaron la lengua sino que le mostraron una realidad muy diferente a la suya. No fue a la universidad, aunque en su vida ha recibido 15 doctorados Honoris Causa.

«Estaba condenada a ser una niña bonita con una cara bonita, un marido bonito, unos hijos bonitos», dice Elena. Sin embargo, en contra de lo que se esperaba de ella, a los veinte años empezó a colaborar en un periódico. En su primer año publicó más de 300 entrevistas y renovó la forma de hacer periodismo cultural en su país. Su estilo inocente a la hora de entrevistar sorprendía a todos, disfrazaba de ingenuidad su perspicaz inteligencia que le permitía ir siempre más



Elena Poniatowska.

allá para, casi sin querer, preguntar a Diego Rivera si sus dientes eran de leche o a María Félix si tenía voz de sargento. Pronto se afirmaba que debajo de esa simpleza escondía bombas en vez de preguntas.

Juan José Arreola le publicó en 1954 sus primeros relatos, 'Lilus Kikus' -una suerte de Celia mexicana-, y desde entonces ha publicado más de 40 obras. Sus biografías noveladas sobre Leonora Carrington, Tina Modotti o Lupe Marín la han hecho destacar como narradora. Sus crónicas -'La noche del Tlatelolco' sobre la represión al movimiento estudiantil mexicano en octubre de 1968, o 'Nada, nadie. Las voces del temblor', sobre el terremoto que devastó México en 1985- la reivindican como la escritora que presta su voz a los sin voz y ponen de manifiesto su gran conciencia social y su generoso compromiso con los más desfavorecidos. Fue la primera mujer en ganar el Premio Nacional de Periodismo en México y la cuarta en ser reconocida con el premio Cervantes.

Sigue observando la vida con curiosidad. En unos días cumple 86 años y quiere escribir «hasta que la vida le alcance». Lo hará rodeada de sus gatos 'Moni' y 'Vais' en su casa de Chimalistac, desde donde nos contará el mundo.

ARS SONORA / JUAN JOSE BLASCO 'PANAMÁ'

De máscaras y enigmas

Cuando Alphaville (los de aquí, amigo, los de aquí) cantaban al enigma y a oscuros símbolos que se dibujaban en los cielos Sabino Méndez (Barcelona, 1961) ya había entrado en la vida de mucha gente narrando con musiquilla historias que han resistido el tiempo con una frescura que pasma.

Que el señor Méndez sabía recrear sensaciones que nos eran afines a muchos y que poseía el don de comunicar estaba claro y que, con ser esto bastante, no se iba a quedar ahí, también. Si disfrutó con aquella sorpresa que fue 'Corre, rocker' (2000) y 'Hotel Tierra' (2006) se lo va a pasar de miedo con este 'Literatura universal' (Anagrama, 2017, 518 páginas), donde el autor recorre toda una fase vital a puñetazos líricos y finas ironías que demuestran que, efectivamente, algunas personas podrán presumir de lo que han escrito pero otras pueden sacar pecho machote con lo que han leído y cómo lo han sintetizado.

Abrumador en su contenido, lleno de citas de la literatura clásica y contemporánea, salpimentando un texto que se pretende distante al inicio pero que transporta al lector a una guía iniciática de sonidos (no sabe nada el pollo del tema), situaciones y sentimientos que ter-



Libro de Sabino Méndez.

minan desembocando en una afirmación de la vida, del caos en el que chapoteamos y de la belleza que se encuentra en los rincones más insospechados.

No solamente el señor Méndez posee una biografía que haría enrojecer a tanto picatazas con ínfulas de maldito, es que el señor Méndez tiene una capacidad para narrar, contar y compartir emociones ciertamente sorprendente. Podría ser este

libro uno de memorias prematuras o una invención literaria de alto calado, podría ser un divertimento salvaje o una recopilación de escalofríos y lecturas. Podría ser, en suma, la confirmación de un escritor que hace tiempo dejó de ser «el compositor de Loquillo» (oiga, eso es bueno, no es malo, créame) para combinarlo con el de una de las mejores voces literarias del momento.

Leyendo esta 'Literatura universal' le queda a uno la sensación de que los momentos narrados son también los de uno. Que esas músicas inmensas fueron también las de uno y que esos disparates y catástrofes también forman parte de uno. Solamente un consejo perfectamente obvio: déle líneas. No se pare en 'Vida Carnal' (primera parte del libro). Déle líneas y confíe. Agítese y sírvase frío. Una gozada. Gracias, señor Méndez.